



Una reciente fotografía de "Azorín"

EL ESCRITOR EN SU CASA

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

LA calle de Zorrilla es azoriniana. El catinativo le viene muy bien como asimismo le viene bien al escritor esta calle. «Azorín» no sería tan «Azorín» si viviese en la calle de Alcalá o en la Gran Vía. «Azorín» tenía que vivir en la calle de Zorrilla.

La calle nace en la Carrera de San Jerónimo, de espalda a la de Alcalá, como dando a entender hostilidad, incoherencia, reconcentración. Será tal vez lo último. Será tal vez reconcentración al margen del trátego urbano. Además, para eso, para ser más tranquila, para reconcentrarse, para meditar en su silencio religioso, para ser más azoriniana, la calle de Zorrilla empieza en la iglesia de San Luis Gonzaga.

Estoy citado para las seis, hora en que «Azorín» regresa del cine y estoy frente a la fachada de su casa. Es obra del siglo XIX y tiene en los balcones algo que quiso simbolizar contraventanas de hierro rizado, muy isabelinas.

La escalera es estrecha y sombría. El ascensor no funciona. El piso de «Azorín» es el segundo izquierdo y ya en él, hacemos sonar el timbre. En el marco de la puerta aparece una doncella más bien baja que alta. Trae un vestido negro en el que destaca un delantal blanco, como el cuello y la coña. La doncella es pulcra y joven. La cara blanca, como de mármol, es de una hermosura en que hay mezcla de inocencia y de bondad. Si alguien nos dijera que era una monja no nos sorprendería. Al fin y al cabo, «Azorín», está más de acuerdo, por su espíritu, con un ambiente de clausura y voto de silencio, que con una vida turbia de café y de bohemia.

«Azorín» tiene una doncella; Baroja una criada. En este detalle, en sólo éste, sin ninguno más, están definidos los espíritus y los estilos literarios, diferentes y opuestos, de los dos escritores.

La doncella de «Azorín» es bonita y pulcra; huele a flores frescas, de las muchas que hay repartidas por la casa en búcaros de cristal. La criada de Baroja tiene aire villano; es de la Alcarria y aparece en la puerta, desgredada, sucia, con olor a cebolla.

Si «Azorín» cambiase su doncella por la criada de Baroja, se notaría. «Azorín» tendría aire de caballero inglés con zúecos gallegos. Baroja sería como un empleado de ferrocarril con guante blanco.

La doncella de «Azorín», que plega los labios con una sonrisa, nos hace pasar por una puerta pintada de blanco, a la salita de espera. La luz eléctrica que la ilumina no es ni excesiva ni mezquina. Es como

una claridad, como una caricia que entra de la calle, cerniéndose al pasar por el tamiz de los visillos, color barquillo.

En la estancia hay un sofá frente a una camilla, con bonitas faldas del color de los visillos, dos butacas pequeñas, dos burós con marqueterías, algunos grabados antiguos, el retrato de un joven con uniforme diplomático y un reloj que se ve funcionar dentro de la caja de cristal.

Con un poco de imaginación no sería difícil pensar también que estamos en la sala de espera de un convento de monjas de clausura. Nada hay aquí que no se le parezca. Ni un ruido, ni un rumor se oye, ni un rayo de sol entra en la estancia. Todo tiene una tibieza puntual; hasta el ambiente perfumado por el aroma de unos claveles pálidos que están en un vaso de cristal, sobre un buró; hasta una ligera sensación de calor — como el aliento del buey de Jerusalén — que viene del brasero oculto bajo las faldas de la camilla.

Rumor de pasos. Tocan con los nudillos en la puerta de la estancia, que se abre, y aparece la figura de «Azorín», sonriente, con la misma sonrisa clara de su doncella.

El escritor está sentado frente a nosotros y mientras habla va abarquillando sin darse cuenta, el tapete de la mesa camilla. Sus manos son descarnadas, anatómicas como su cara. En el dedo mayor de la mano izquierda tiene una sortija de oro sencilla, con una piedrecita verde, cuadrada. En la muñeca de la misma mano un reloj ovalado, antiguo, con cadena de oro.

«Azorín» viste pulcramente. La corbata anudada con garbo; la camisa bien limpia y planchada; el traje impecable, sobre el que trae un abrigo gris, con un pañuelo blanco saliendo del bolsillo, junto a la solapa.

Habla «Azorín» reposadamente, con una voz que más parece aliento que sonido vocalizado. No tiene dientes y la palabra se escapa, se fuga y nace sin aristas ni límites ni puntuación. En la conversación sale Cervantes, Lope de Vega y Ana Mariscal. «Azorín» nos habla de la última película vista en el Cine Carretas. Toca, entonces, el reloj una hora ya avanzada, con un sonido más cristalino que metálico y nos ponemos en pie para despedirnos del escritor.

Un saludo. Quedamos en volver a vernos para hablar más de cine que de literatura. Salimos de la estancia, nos despedimos y mientras vamos hacia la puerta, «Azorín» se pierde allá, en el fondo, sin hacer ruido, como un gato silencioso, aristocrático y educado.

«Revista»
Barcelona,
1953.